

UNA ANTIGUA INSCRIPCION SEPULCRAL DE LA DEHESA DEL JARAMIEL, EN LA PROVINCIA DE VALLADOLID

LUGAR DEL HALLAZGO.

En el término de la villa de Piñel de Abajo, situada en el extremo oriental de la mencionada provincia, casi colindante con las de Burgos y Palencia, hállase enclavada la dehesa-caserío del Jaramiel a la mitad del camino que partiendo de dicha villa lleva a la de Castroverde¹. Recibe tal nombre el caserío del arroyo que con el mismo apelativo cruza gran parte de la finca, hoy propiedad de la vallisoletana familia de los «Moyanos», don Cándido e hijos, don César y Claudio, y en la antigüedad de otras ilustres familias medievales.

La situación de la misma ocupa la parte media alta de la altiplanicie casi triangular que partiendo más arriba de los términos de Encinas y Canillas de Esgueva se extiende por los de Piñel de Arriba y de Abajo, Pesquera de Duero y otras localidades. Todo este rico páramo va regado en pequeña parte por el referido arroyo hasta verter sus aguas al Duero, cerca de Tudela, existiendo en diversos puntos de este triángulo y entre los dos indicados ríos, algunos poblados históricos con pequeños núcleos arqueológicos².

En el caserío del Jaramiel quedan también aún restos de monumentos que delatan no sólo su pasado histórico medieval, como las ruinas de la iglesia-capilla, cimientos, muros y galerías de otros edificios de aquella época, sino otros indicios de su antiguo «habitat» arqueológico, precisamente en el actual emplazamiento del mismo. La situación de este pequeño núcleo habitado del caserío ocupa, con bastante probabilidad, el mismo lugar de un pequeño poblado céltico-romano, es decir, una suave pendiente, situada en el margen izquierdo del arroyo, que desciende hasta el mismo al formar un pronunciado meandro, estando también su pequeña necrópolis al Noroeste, en otro diminuto montículo, al lado opuesto del arroyo. Todo este conjunto, rodeado por sus costados N-E de otros cerros de mayor

¹ Como puede verse en la hoja 345 del mapa del Inst. Geográfico y Catastral, escala 1:50.000, son dos, carretera y antiguo camino, los que ponen en comunicación ambas localidades, cruzando la dehesa del Jaramiel. El lugar exacto del hallazgo de la inscripción se halla a la mitad de la carretera, frente al caserío que no aparece en el mapa, entre los 0° 42' y 0° 43', mucho más distante del antiguo camino vecinal, y muy cerca del "paredón" de la iglesia-capilla.

² WATTENBERG, F., *La región vaccea*, Madrid, 1959, pp. 113-114 y fig. 10.

altura, dan a este lugar el aspecto de un anfiteatro natural y fácil emplazamiento de un pequeño casco urbano³.

Prescindiendo del estudio de algunas piezas arquitectónicas, aprovechadas en la nueva construcción del caserío, y de otros restos que emergen en diversos puntos del mismo —no excluimos en su actual emplazamiento la existencia de una «villa rústica» en tiempo de los grandes latifundios del Bajo Imperio— nos vamos a ocupar únicamente del antes mencionado montículo de la necrópolis.

LA PEQUEÑA NECRÓPOLIS DEL LUGAR.

Este cerro, continuación de otro de mayor altura, situado al margen derecho del arroyo, viene llamándose ya desde antiguo el «cementerio» por las muchas tumbas que en él han aparecido a lo largo de los siglos. Tal hecho lo pudimos comprobar personalmente en una rápida prospección que hicimos en dicho punto, el 19 de julio de 1971, acompañado, entre otros, del franciscano Fr. Rafael Sanz, estudiante de teología en Roma, natural de Piñel de Abajo. Precisamente por él y por dos familiares suyos tuvimos noticia de la inscripción que motiva el presente estudio y que se hallaba entre otras muchas más piedras que hay en lo más alto del montículo. Todo él está formado de tierra cretácea, grisácea y ya oscura por las cenizas de los restos humanos allí descubiertos, apareciendo en toda su superficie gran cantidad de tégulas, ladrillos y cerámica pertenecientes a diversas épocas.

Por referencias de trabajadores de la finca sabemos que en distintas ocasiones y sobre todo en estos últimos años, la maquinaria moderna ha puesto al descubierto otras muchas tumbas, conservando algunas de ellas todavía sus cadáveres cuyos restos óseos se ven diseminados por allí. Ciertamente no se trata de una importante necrópolis, mas sí de un lugar que durante varias centurias ha servido de cementerio según lo denuncia la diversidad de tipos y clases de cerámica por él diseminados pertenecientes a diferentes culturas.

En la pequeña cumbre del montículo y a la mitad de la falda que da al arroyo existen aún montones de piedras, algunas de ellas fragmentadas en trozos menores, procedentes, en su mayor parte, de una reducida vivienda que allí debió haber, y otros de losas y lascas, más o menos labradas, que formaban y cubrían las tumbas.

Por lo que se refiere a la cerámica que hemos recogido en sólo parte de la mencionada falda del cerro, figuran ciertos fragmentos elaborados a mano de pasta no muy fina, rugosa, de color pajizo tostado que presentan su cara externa recubierta de un baño gris oscuro, y otros a rueda de alfarero, de la misma cochura

³ Sobre las posibles comunicaciones antiguas del páramo del Jaramiel con la calzada romana "Asturica-Caesaraugusta" y otras poblaciones de esta misma zona de la provincia de Valladolid, véase WATTENBERG, *l. c.*, pp. 161-162.

que la celtibérica. De uno y otro tipo de cerámica, que hemos encontrado en las Pinzas de Curiel y en Carralaceña, término de Pesquera de Duero, nos hemos ocupado en otro lugar⁴. Abunda en cambio el material de pasta gruesa, clara y oscura, junto a otro más fino, ambos antiguos y medievales. Según nos contaron los pocos habitantes del caserío no hace mucho había aparecido allí mismo un «pote» y algunos «pucheros» rotos cuyas formas no nos supieron explicar.

El lote cerámico más interesante lo constituye la cerámica «sigillata» hispánica, con pocos y minúsculos trozos, al parecer, sudgálicos, llevando la primera variedad de barnices y pastas, por lo general bien elaboradas y finas, junto con otros fragmentos de cerámica clara ya tardía. Entre estos últimos ejemplares encontramos un fragmento, de cochura y pasta muy deficientes y que hoy ha perdido su barniz por estar expuesto a la acción de los agentes atmosféricos.

Se trata de la cara superior de una taza, a la que falta el borde alto, que llevaba sobre su superficie externa una serie de triglifos estilizados, separados por una esquemática metopa en forma de media luna y en posición horizontal. Más abajo, allí donde comienza el cuerpo del recipiente, corre un listón o cordoncillo del que penden unas asas semicirculares, de tipo llamador, que descansan por su base curvilínea sobre otro cordoncillo, llevando también entre ambas otras dos medias-lunas en la posición indicada y en correspondencia con la anterior. Por la parte inferior de este enmarque de las asas, mejor que ovas, se desarrollaba una serie de ruedas o discos solares —sólo quedan la parte alta de uno con nueve rayos— motivo sobradamente conocido y que, según parece, debieron estar rellenos por otros de tipo vegetal o animalístico. Confesamos que no hemos visto ornamentación tan original entre los múltiples ejemplares de la «sigillata» hispánica tardía⁵.

En cuanto al material lítico, posiblemente epigráfico o escultórico, que muy bien pudiera encontrarse en los mencionados majanos o en los muros y paredes medio hundidas, no hemos podido hallar elemento alguno, no obstante haber examinado, no minuciosamente, dichos lugares e incluso las paredes todavía existentes en gran parte de la capilla. Es verdad que en ninguna de las piedras y losas

⁴ DE PALOL, P. y RECIO, A., *Nuevos hallazgos arqueológicos de la región de Valladolid* (III), en *BSAA* 34-35 (1969) 298-308. Aprovechamos la ocasión para rectificar la didascalía de las figs. 3, 4 y 5 que en dicho trabajo se publicaron, en las que, por error, se dice que el yacimiento celtibérico de Carralaceña está en el término municipal de Curiel, hallándose en el de Pesquera de Duero, frente al famoso de Padilla.

⁵ MEZQUIRIZ DE CATALÁN, M.^a A., *Terra sigillata hispanica* (2 vols.), Valencia, 1961, en donde no hemos encontrado paralelo alguno, ni siquiera parecido, al que hemos descrito. Tal vez se trate de un fragmento de la forma tardía 37 del siglo IV o posterior de la que la autora trata en el vol. I, p. 84 y lám. 34 del II y probablemente de la misma pasta de otros dos vasos, mas no decorados, de los que ha tratado SERRANO PÉREZ, A., *Dos vasos de sigillata hispánica en Cespedosa de Tormes (Salamanca)*, en *"Zephyrus"*, 7 (1956), 85-87, fig. 1.

vimos ornamentación o inscripción, salvo la que estudiamos, mas sospechamos que algunas fueron fragmentadas y empleadas para la referida edificación sobre el montículo, si no es que pasaron a formar el firme de alguno de los caminos y puentes de la finca.

Milagrosamente se escapó del pico demoledor y martillo destructor una de estas piedras de la cumbre del montecillo del cementerio, gracias a la curiosidad del picapedrero al observar en ella unas letras que él no entendió, mas que juzgó de interés. De tan importante epígrafe nos vamos a ocupar a continuación no sólo por su valor y contenido antroponímicos de esta zona, sino por ser de los poquísimos ejemplares epigráficos de la provincia de Valladolid⁶ y el único auténtico hasta ahora aparecido dentro del término del actual partido judicial de Peñafiel, perteneciente con el resto de la misma y gran parte de las provincias de Soria, Burgos, Palencia, Segovia y pequeñas zonas de otras limítrofes al antiguo «*conventus Cluniensis*»⁷.

LA INSCRIPCIÓN SEPULCRAL Y SU ORIGINAL GRAFÍA.

Después de las anteriores noticias realcionadas con la consulta directa del original de la piedra, que hasta el presente se encuentra en el dicho montículo, veamos brevemente las características externas de la misma y su texto epigráfico (figura 1).

La inscripción, no obstante estar al descubierto durante varios años en el indicado sitio, fue hallada ocasionalmente, según queda señalado antes, entre los años 1970-1971. Se trata de un ejemplar de piedra caliza, de color blanco pajizo, algo porosa, de cantera no muy lejos del lugar, de forma casi cuadrada, más tirando a trapezoidal, procedente sin duda, de una de las tumbas descubiertas allí, mejor que de otro material reutilizado de una construcción antigua. Presenta sólo una cara pulimentada, estando sus lados menores suavemente alisados —la posterior a la inscrita no la hemos visto— con señales de desgastes, algunos ya desde antiguo, por la erosión y desconchones. La parte inscrita, en el lado derecho e inferior, lleva ligeramente diseñado un recuadro en el que va enmarcado el texto, estando perdido en los otros dos lados.

⁶ Nuestra inscripción es la única que ha aparecido "in situ" dentro de la provincia, ya que las otras dos —descartamos la falsa de Curiel— fueron halladas formando parte de los muros de otros edificios. Nos referimos a la ya desde antiguo conocida inscripción (CIL, II, 2.726) y a la recientemente dada a conocer por DE PALOL, P., *La primera inscripción romana hallada en la provincia de Valladolid*, en BSAA, 30 (1964) 307-311.

⁷ CIL II y Suppl., p. 377-401 y 709. Véanse además la mencionada obra de WATTENBERG (l. c., p. 60 y 62) y la de Pedro de PALOL (*Clunia*, Burgos, 1959, p. 17-18).

Debido a la forma de la piedra, ésta presenta diversas dimensiones en su altura y longitud, no en su grosor que es de unos 24 cm., poco más o menos. La altura por el lado izquierdo es de 51 cm., mientras que la del opuesto es de 41; la anchura, por la base, alcanza 40 cm. y por su borde superior es de unos 50. El



Fig. 1.—Diseño de la lápida sepulcral de Odogo Cala con el original trazado de algunas de sus letras según la figura 3.

fragmento del ángulo interior izquierdo, ocasionado por el motivo indicado, tiene de altura máxima 20 cm., y de longitud 24, siendo, en cambio 37, esta última dimensión en todo el trazado de la ruptura.

Una falla lleva en el borde superior de la cara alisada y otra de menor proporción en el ángulo alto derecho, estando casi todas las aristas desgastadas y

principalmente la del lado izquierdo. Unos modernos desconchones, ocasionados al intentar romper la piedra, afectan las dos últimas líneas, presentando ya desde antiguo algunas pequeñas oquedades y picaduras, circunstancia que obligó al lapicista a distanciar las letras en el primer y tercer renglón ⁸.

El suave enmarque de 28 cm. de alto por unos 30 de ancho, por lo menos en el lugar donde se percibe, se pierde, según queda dicho, en dos de sus lados por el desgaste y erosión. Dentro de él corre el texto en cuatro líneas, ocupando un espacio de 25 cm. de altura por 37 de longitud. La largura de la primera es de 34, la segunda —cuya colocación de letras desentona y rompe la estética del conjunto— es de 27, alcanzando la mayor la del renglón tercero, es decir, 36, y la menor el último que, por su parte superior, tiene 15 cm.

Casi no existen espacios interlineales por sobrepasar y juntarse algunas veces los ápices y rasgos de ciertas letras con otras, siendo el más claro el que hay entre las dos E finales de los dos primeros renglones y el de las letras D y C de los mismos que es de unos 5 mm. aproximadamente.

La altura de las letras oscila entre los 5 y 6 cm., poco más o menos, alcanzando en la primera línea 6,5 y 6 cm. respectivamente la D y la E; 6,5 mide también en el segundo renglón la original L; 6 la N del tercero y X del cuarto, teniendo respectivamente cada una de estas dos últimas 6,5 y 5,5 cm. de anchura máxima.

El tipo de letra, de incisión poco profunda, presenta en su grafía cierto sincretismo, tirando algunas a capital cuadrada, como en el primer renglón, y otras a la actuaria, mas con cierto trazado especial, en algunas de las letras, según veremos ⁹.

Las dos más dañadas son la O inicial, gastada en todo su arco izquierdo, y la A, o penúltima letra del segundo renglón, que va afectada en todos sus rasgos por picaduras y desprendimiento de la pátina. Tres son las que van parcialmente mutilas por la ruptura de la piedra: La V de la línea tercera, en su base, por una pequeña falla reciente y las dos únicas de la última: en la parte superior de sus astas la X y en el centro del seno la V y palo vertical izquierdo. Las dos letras más espaciadas y desproporcionadas son la G y la N, mientras que las más estilizadas y altas son la L y F.

⁸ Excluimos que entre la O y la G de la primera línea existía otra letra, vocal o consonante alguna, como veremos más adelante. De haberla habido —hecho que no hemos podido comprobar— sólo se alteraría levemente la onomástica de la difunta.

⁹ Nuestro epígrafe puede, en cierto modo, considerarse como uno de los raros ejemplos de sabor arcaico de la época clásica, anteriores al siglo II, poco más o menos, hallados casi en el extremo occidental de una de las provincias romanas. En tal caso puede compararse, bajo cierto aspecto, con otras dos antiguas inscripciones, una de Roma (*CIL*, VI, 27.556) y otra aparecida en Morón de la Frontera, población de la antigua Bética (*CIL*, II, 5.411), estudiadas, especialmente la segunda, por MALJON, J., *Paléographie romaine*, Madrid, 1952, p. 60, 66-68 y 177, lám. IX, 2 y 3.

En todo el texto sólo hemos visto dos marcadas interpunciones de tipo triangular en el tercer renglón, a la altura media, siendo dudosas otras dos al final de los dos últimos.

Queda ya en parte señalada la originalidad gráfica de algunas de las letras, mas queremos detenernos en ciertos rasgos y signos que ofrecen otras, tales como la A, E, F, L y N. Son tres las A del texto, estando todas ellas trazadas con igual proporción y estilo, llevando en lugar del tradicional travesaño horizontal a la media altura del seno y palos inclinados de la letra, un ápice, también inclinado, en forma de acento¹⁰. La E, las dos únicas veces que aparece en el texto, presenta sus tres travesaños casi idénticos y excesivamente alargados, siendo en cambio en la F los dos muy cortos, casi iguales, estando colocado el central junto al superior, recordando en cierto modo la «digamma»¹¹. Si características peculiares ofrecen la N, con su amplitud y alargamiento de sus palos, y la estrechez de la V inicial del tercer renglón, en contraposición con la V numeral del siguiente, mucha mayor originalidad presenta la única L del texto. Esta va diseñada en su palo vertical sin ápice superior —ninguna de las letras lo llevan en sus extremos, a no ser la G en el curvilíneo interior—, formando el travesaño inferior una línea quebrada cuyo vértice superior se alarga suavemente hacia abajo¹².

¹⁰ Entre los diversos tipos de la letra A arcaica que hemos analizado, tanto en material lítico como en bronce, —dando preferencia a los de esta región— no hemos hallado paralelo alguno con las del epígrafe del Jaramiel. Abundan las que llevan el travesaño horizontal, omitido algunas veces por descuido, y otras intencionadamente, como asimismo las que lo llevan arrancando a la altura media del palo inclinado derecho, con dirección hacia el centro del seno inferior, formando un pequeño ángulo agudo en el mismo lado derecho. Cfr., CAGNAT, R., *Cours d'épigraphie latine*, Paris, 1898, p. 3, 7 y 12; BATLLE, P., *Epigrafía latina*, Barcelona, 1946, p. 11, y MALLON, *Paléographie*, p. 68.

¹¹ Las letras C, D, G, N y O de nuestra inscripción van trazadas en su forma de capital arcaica como puede verse en los manuales anteriormente citados. Lo mismo podemos decir de la F y de las dos E, teniendo esta última mucho de parecido con la misma letra en la escritura ibérica. Cfr., MALUQUER DE MOTES, J., *Epigrafía prelatina peninsular ibérica*, Barcelona, 1968, p. 28.

¹² No hemos podido ver, pese al material epigráfico consultado, una L que presente la singular grafía que nos ofrece la inscripción del Jaramiel. Conocidas son las diversas formas que adopta en dicha letra el palo menor, más o menos horizontal o inclinado, colocado al lado derecho del vertical y formando diferentes tipos de ángulos, y en distintas posiciones. Ciertamente que el trazado de la L de nuestro epígrafe fundamentalmente es una de las más arcaicas formas del mismo signo, que en el siglo II se da también en la escritura actuaria, siendo muy parecido al ibérico, escrito en cerámica (MALUQUER DE MOTES, l. c., p. 32; CAGNAT, l. c., p. 3, 7 y, BATLLE, l. c., p. 13), mas se diferencia de las formas conocidas por tener el palo menor de la manera señalada (fig. 4). Otro de los tipos arcaicos de la L, mas también diverso del nuestro, lo hallamos en una inscripción del material lítico y bronce de la provincia de Palencia. Cfr., GARCÍA Y BELLIDO, A., *Contribución al plano arqueológico de la Palencia romana*, en AEARq., (1966) 153-154 y "Tessera hospitalis" del año 14 de la era hallada en Herrera de Pisuerga, en BRAH, 159 (1966) 149-156. En el primero de los artículos el autor da un diseño de una inscripción en la que junto a una A, sin travesaño

LECTURA, TRANSCRIPCIÓN Y COMENTARIO.

Nos encontramos ante un epígrafe que nos habla de su antigüedad con su formulario esquemático, carente de dedicatoria inicial y de otros elementos secundarios. En ello coincide con casi las mismas características que presenta la epigrafía colindante y concretamente, en líneas generales, con la salmantina estudiada por Navascués¹³. La lectura de nuestra inscripción, es verdad, que no ofrece grandes dificultades por hallarse en relativo estado de conservación y por darnos, al menos en su grafía externa, todos los elementos esenciales relativos a un epitafio sepulcral. Mas surge una duda, originada de la distribución literal o gráfica del texto en la línea segunda y primera letra del tercer renglón, que pudiera inducirnos a pensar en una doble interpretación relativa precisamente a la filiación de nuestra joven difunta o a atribuirle un sobrenombre, a la manera clásica. En otros términos: ¿en el segundo renglón se da a «Odog», sea en dativo o genitivo latinizados, el sobrenombre de «Calae» o, más bien, tal vocablo forma con la V inicial de la tercera línea parte de un nombre masculino, ciertamente abreviado? Más aún: en el caso que se diera dicho sobrenombre —recuérdese que son escasas las personas que lo llevan y en diversos puntos aislados— ¿se pudiera pensar también en la desmembración de la V de las otras dos vocales, haciendo de ella la abreviatura de otro nombre, también masculino, al que se refiriera la paternidad, o si se quiere, la filiación contenida y abreviada en la F del mismo tercer renglón? En esta última interpretación nos hallaríamos frente a un formulario de tipo clásico, mas no muy de acuerdo con lo arcaico del epígrafe y zona geográfica en la que ha sido encontrado. Además tendríamos que recurrir para suplir la V, con la interpunción que ciertamente le sigue, a un nombre no romano, sino más bien de sabor céltico, estudiado por Untermann¹⁴ o por otra especialista en antroponomía hispánica¹⁵, dando preferencia, entre otros muchos que comienzan por la misma letra, al de «Vironus» por ser el más frecuente en esta comarca¹⁶.

Dejando a un lado las, en parte, hipotéticas y aparentes sugerencias que hemos hecho, y siguiendo el formulario casi frecuente que la epigrafía sepulcral salman-

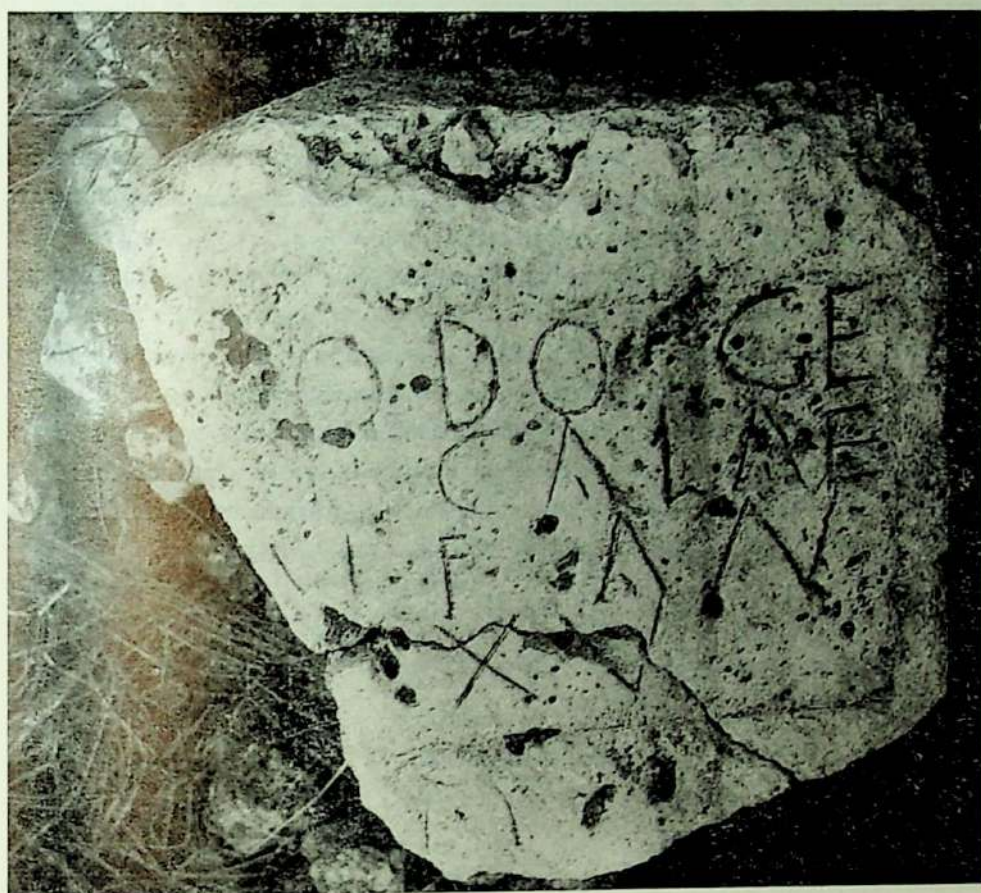
alguno, se da una F como la de nuestra lápida y una L, también de tipo arcaico, que además se repite en una de las dos "tessera hospitalis" de Paredes de Nava.

¹³ NAVASCUES, J. M., *Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los epitafios de la zona occidental*, BRAH, 152 (1963) 159-223 y *Onomástica salmantina de época romana*, ERAH, 158 (1966) 181-230.

¹⁴ UNTERMANN, J., *Elementos de un atlas antropónimo de la Hispania antigua*, Madrid, 1965, mapas, 80, 81, 82, 83, 84 y 85.

¹⁵ ALBERTOS, M.^a L., *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966, y *Nuevos antropónimos hispánicos*. Emerica, 32 (1964) 209-252 y 33 (1965) 109-143.

¹⁶ UNTERMANN, *Elementos*, mapa 85.



Piñel de Abajo (Valladolid). Inscripción de la dehesa del Jaramiel.

tina nos presenta en su onomástica¹⁷, podemos despojar a nuestra «Odog» de su sobrenombre y de la supuesta paternidad o filiación de la misma, atribuida a un tal «Virono». De este modo, reduciendo la triple onomástica a sólo dos nombres, el de la joven muchacha y el propio de su filiación paterna, nuestra inscripción queda ciertamente catalogada dentro del primer apartado o «nómina I» que dice Navascués, mejor que en el segundo y tercer grupo a los que llama dicho autor respectivamente «de compromiso» y de «tria nomina»¹⁸.

Llevando adelante nuestra argumentación, referente a la antroponimia paterna, creemos se trata mejor que de un tal «Calaetus» o de un «Calaevus», de un «Calaevnius» o «Calaevnius», nombre este último que hasta ahora sólo se conocía en la parte occidental de la península, como indicamos adelante.

Teniendo en cuenta las anteriores observaciones y prescindiendo de la sugestiva distribución del texto en el segundo y tercer renglón, creemos ofrecer la siguiente lectura e interpretación, bastante exactas, del epígrafe en cuestión.

O D O G E
C A L A E
V . F . A N
X V

«Odoge /, Calae/u(nii) filiae), an(norum) / X V» / . Es decir: «A Odog, hija de Calaeunio, de quince años»; o también —sobreentendiéndose «sepulcrum»— «Tumba de Odog, etc.».

Que sepamos, hasta el presente, el nombre de Odog —repetimos que no existe letra alguna entre la O y G de tal nombre— no era conocido en la antroponimia hispánica femenina. Como puede verse, aquí va latinizado ofreciéndonos, en vez del «Odogae», la forma o grafía «Odoge», fenómeno que, como otros, puede considerarse como un claro ejemplo de sonorización y caída céltica de la «g» intervocálica, dentro de los estratos indoeuropeos de esta zona de la Hispania¹⁹. Quede, pues, incorporado este bello nombre a la lista, no muy numerosa, de los antropónimos de esta región castellana de los vacceos en la que, si fue difícil su indoeuropeización, no menos lo fue su latinización²⁰.

¹⁷ NAVASCUES, cfr., los dos artículos citados en la nota 13.

¹⁸ NAVASCUES, *Onomástica salmantina*, p. 191 y ss.

¹⁹ TOVAR, A., *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, B. Aires, 1949, p. 135-136, en donde se pone como ejemplo el nombre de «Caledige» que llevaron dos mujeres de Aguilar de Campoo (CIL, II, 6.299) ya como sobrenombre ya como adjetivo gentilicio (TOVAR, *Estudios*, 105-106 y mapa I sobre gentilibus, núms. 54-55).

²⁰ GARCÍA Y BELLIDO, A., *Latinización de Hispania*, A E Arq. 40 (1967), 6,10 y 17-22. Sobre la indoeuropeización de los vacceos, véanse: WATTENBERG, l. c., p. 63 y TOVAR, *Estudios*, 118.

Por lo que al nombre del padre de Odogo se refiere, es decir, al de «Calaeunio», podemos afirmar, con bastante certeza, que tiene su primer origen del también nombre femenino ibérico de «Cala», registrado por Hübner²¹ y Holder²². De los tres nombre de «Cala» conocidos, dos pertenecen a la Gallia Narbonense (CIL XI, 1662, 2497) y un tercero a la Bética (CIL II, 5362), es decir, a Alcalá del Río. Ciertamente que la grafía del epígrafe andaluz es breve y arcaica, como se desprende del trazado de las dos A de dicho nombre, mas ninguna de ellas, como tampoco la L, van diseñadas según lo están las de la inscripción de Piñel de Abajo.

De «Cala» o «Calae» igualmente se derivan otras formas antropónimas masculinas y femeninas sobradamente conocidas, tales como «Calaetius», «Calaetus», «Calaitus», «Calidus», «Calletis» y «Chalaetus», los gentilicios «Calaeti(um)», «Caledige»²³ y el nombre de «Calaitos»²⁴. Es precisamente el de «Calaetus» el que más abunda en el área celtibérica que estudiamos, extendiéndose no sólo por las actuales provincias de Soria, Burgos, Palencia, León y Avila principalmente, sino también por la Lusitania oriental²⁵.

El nombre de «Calaeunius», registrado también hasta el presente sólo en Portugal²⁶, ha venido a ser además el único y primero aparecido en la zona intermedia céltica o celtibérica vallisoletana.

IMPORTANCIA Y CRONOLOGÍA DEL EPÍGRAFE.

De lo anteriormente expuesto se habrá podido apreciar el valor e interés de esta inscripción no sólo por lo peculiar del trazado de algunos signos, que nos recuerdan el grafismo de algunas letras ibéricas, sino también si la consideramos bajo los aspectos antroponímico y geográfico. Ya su misma fórmula sepulcral esquemática, con exclusión de ciertos elementos clásicos tradicionales, nos indica claramente tanto su antigüedad paleográfica como su entroncamiento gramatical

²¹ CIL II Suppl. 5.362, refiriéndose a la «Cala» de Ilipa. Los autores del vol. XI de la misma obra nos dieron los nombres de las «Calas» narbonenses en los núms. 1.662 y 2.497.

²² HOLDER, A., *Altceltischer Sprachschatz*, I, Leipzig-Tenbner 1896, p. 686.

²³ UNTERMANN, *Elementos*, p. 19, mapa C. p. 21, mapa 25 y 89-33, 34; TOVAR, *Estudios*, pp. 56, 106, 136 y SCHULTEN, A., *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1962, p. 79. UNTERMAN cree que el «Calidus» de Osma (CIL II, 2.817) sea un «Calaetus» latinizado.

²⁴ Sobre el tan traído y llevado nombre de «Calaitos», correspondiente a la forma latinizada de «Calaetus», véase, entre otros, a TOVAR, *Estudios*, pp. 56 y 117-118 y HAEpig. 8-11 (1957-1960) nn. 1.535-1.537. Sobre un «Calaetus Bouti» portugués Cfr.: HAEpig. 6-7 (1955-1956) n. 1.097.

²⁵ UNTERMANN, *Elementos*, p. 21, mapa 25 y 89-33, 34 y lo indicado en la nota anterior.

²⁶ ALBERTOS, M.^a L., *Nuevos antropónimos*, en *Emerita*, 33 (1965) p. 139 menciona en el occidente peninsular un tal «Coso Calaeunio».

con una tradición funeraria local de un formulario, probablemente usado por estos pueblos que habitaron las riberas meridionales del Pisuerga, las del Esgueva y principalmente las del Duero y varios de sus afluentes ²⁷.

El lapicista, sin duda, debió ser local y un perfecto conocedor de la lengua latina y escritura, ya arcaica —que es la que sigue en el epígrafe— como de la capital cuadrada y de la escritura ibérica que penetraron por esta zona de la Celtiberia. Es verdad que siguió con preferencia la «ordinatio» caligráfica latina antigua, excluyendo signos cursivos, mas adoptó en su grafismo su habitual módulo de escritura. De ahí que prefiriera, entre los diversos tipos gráficos de la A, y entre el anárquico e inseguro trazado del palo menor derecho de la L, las originales grafías que de ambas nos ha dejado en la inscripción. Las dos circunstancias caligráficas, originales y raras dentro de la epigrafía hispanorromana primitiva, valorizan sobremanera la inscripción de Jaramiel.

Otro de los valores de nuestro epígrafe, además de haber enriquecido con su aparición el patrimonio lingüístico del atlas antroponímico peninsular con su doble onomástica, es el de venir a revalorizar geográfica y arqueológicamente esta reducida y muy poco conocida zona de los vacceos. Desde hoy este territorio bañado por el arroyo de Jaramiel, cercano y casi a la mitad del camino de las antiguas y famosas poblaciones de Clunia y Palencia, será, además, conocido en el campo de la epigrafía primitiva latina y como punto de unión de dos culturas etnográfica y lingüísticamente distintas, representadas en las dos mencionadas poblaciones y en otras de la Celtiberia ²⁸.

A juzgar por las características antroponímicas de la onomástica indígena, doblemente conservada en el epígrafe de Piñel de Abajo, como asimismo por la grafía poco corriente y original del trazado de las dos letras indicadas y de casi todo el conjunto del texto epigráfico, principalmente de las dos E y de la N, no dudamos en datarla a finales del siglo I, o a lo más tardar, a mediados del siguiente. Aunque no nos ha sido posible analizar personalmente las referidas inscripciones de Morón de la Frontera y de Alcalá del Río, del Museo Provincial Arqueológico de Sevilla, y otras aparecidas cerca del territorio del hallazgo de la nuestra, creemos que la de la dehesa del Jaramiel es, si no más antigua, sí, por lo menos, contempo-

²⁷ Sobre el diverso formulario y grafismo epigráfico, como asimismo sobre la onomástica de la zona más cercana a la de Jaramiel —descartamos la rica epigrafía de Clunia, consúltense los mencionados artículos de Navascués, las inscripciones citadas en la nota (6) de este nuestro artículo y las halladas cerca de la estación ferroviaria de la ciudad de Palencia (CIL II 2.719-2.725).

²⁸ WATTENBERG, l. c. pp. 29-30, 40-58 y 92, en donde el autor, tratando de los restos pre y protohistóricos de la parte comprendida entre las cuencas del Esgueva y Duero, aborda los problemas etnológico, lingüístico y de población de esta misma zona, no figurando, entre las poblaciones que menciona, los nombres de los dos Piñeles.

ránea de las dos de la Bética. Precisamente sobre ellas —una es la de Cala— llamaron la atención, según queda referido, los grandes epigrafistas Hübner y Mallon atribuyéndoles a ambos epígrafes gran antigüedad.

Queden, pues, constatadas la singularidad y antigüedad epigráficas de esta inscripción, atestiguadas también por las diferentes formas y clases de cerámica encontradas en el mismo lugar de su hallazgo, haciendo figurar al término de los dos Piñeles —el de «yuso» y el de «suso» como se decía en siglos anteriores— y concretamente a la finca-caserío de la dehesa del Jaramiel, en la hoy en prensa, «Carta arqueológica de España. Provincia de Valladolid».

Antes de poner fin a estas notas queremos agradecer una vez más a la familia «Moyano» y en particular a don César las muchas facilidades que nos han dado para estudiar y dar a conocer tan curiosa como importante inscripción. Esperamos, por otro lado, según es voluntad de sus poseedores, que pase, en breve, a enriquecer sobremanera y formar parte del no muy numeroso conjunto epigráfico del nuevo Museo Provincial Arqueológico de Valladolid²⁹.—P. ALEJANDRO RECIO, OFM.

²⁹ Agradecemos a nuestro amigo, D. Antón Meléndez, las primeras ilustraciones fotográficas de la inscripción de Jaramiel, de cuyo negativo han sido sacados foto y diseño, respectivamente, por los Sres. Jiménez Salmerón y Raboso Amat, ambos del Inst. Arq. Alemán de Madrid.